

ejemplar de este estudio, Asturias y Arguedas, hacen significativa la distinción entre “literary ethnography”, que en última instancia siempre va a tener el ego de la cabeza cercenada de Descartes, y la intertextualidad que da igual espacio a clásicos americanos del tamaño del *Popol Vuh* y del *Manuscrito de Huarochiri*. Se trata de la factibilidad de reconocer una verdadera intelectualidad americana que no dependería de Occidente, algo defendido puntualmente por Vine Deloria y Ward Churchill (en su *Marxism and Native Americans*) y claro está por Rigoberta, con los proyectos universitarios (mayas) que tiene para su Fundación. Hasta Marx mismo empezó a andar por este mismo camino al hablar del núcleo todo moderno que se puede detectar en lo más “arcaico”. Pero éstas son respuestas para discutir en otras ocasiones.

Habría poquísimos lectores que no aprendan de este libro. Sin duda va a ocupar, en los decenios por venir, el lugar central que han ocupado hasta ahora los primeros estudios de Jean Franco.

Stanford University

GORDON BROTHERSTON

ANADELI BENCOMO. *Voces y voceros de la megalópolis: la crónica periodístico-literaria en México*. Madrid: Iberoamericana; Frankfurt am Main: Vervuert, 2002.

En 1983, Aníbal González publicó un libro descomunal dedicado al estudio de un género que es a la vez el más típico de la escritura latinoamericana y el más ignorado en la comunidad académica. *La crónica modernista hispanoamericana* se limita a la época finisecular, pero aporta observaciones sugerentes para la crónica actual. Poco después, Alberto Dallal enfoca su *Periodismo y literatura* (1985) en el aspecto doble de este género-verdad en México. Más reciente, *La invención de la crónica* (1992) de Susana Rotker retoma el tema de la crónica modernista. Pero faltaba siempre el examen narratológico de la crónica actual, reclamo que surgía de una ausencia significativa. De repente, sin embargo, esta forma de periodismo literario se ha puesto más de moda, sin duda en parte por el ambiente inclusionista de la era posmoderna-poscolonial, cuando la cuestión de márgenes, fronteras, hibridizaciones y redefiniciones de lo literario coloniza la imaginación académica. Un trío de estudios recientes demuestra que la mayor parte de este interés crítico emana de los méritos estéticos e ideológicos de la crónica en sí.

En sucesión rápida, tres libros se han dedicado a este género provocativo, forma que se sitúa a horcajadas entre los campos de periodismo y creación narrativa: *Carlos Monsiváis: Culture and Chronicle in Contemporary Mexico* (Linda Egan 2001), el primer estudio monográfico de la obra del intelectual más renombrado hoy en México, hace hincapié en el carácter estético de la crónica e incluye una teoría del género; *The Contemporary Mexican Chronicle: Theoretical Perspectives on the Liminal Genre* (Corona y Jörgensen 2002), es una antología crítica cuyos colaboradores (cronistas y críticos) abarcan diversos temas cronísticos a partir de una postura sólidamente académica; y ahora, *Voces y voceros de la megalópolis: la crónica periodístico-literaria en México* (2002) de Anadeli Bencomo, que examina crónicas de Elena Poniatowska, Carlos

Monsiváis y José Joaquín Blanco a la luz de su relación constitutiva con la nueva megalópolis posmoderna.

Desde esta perspectiva, fondo y forma del periodismo literario en México corresponden a cambios asociados con “la re-configuración urbanística, política, cultural, de las grandes ciudades de fin de nuestros días...[N]os corresponde... indagar en las propuestas, condiciones y posibilidades que la representación de las crónicas urbanas puede atribuirse en medio de este panorama” (18). El mérito del planteamiento es evidente cuando uno considera la índole de la crónica, que se ha caracterizado como género de crisis y, en su reformulación más reciente como hija de Tlatelolco (1968), es un fenómeno que, si no exclusivamente urbano, sí ha desarrollado su máxima expresión en el ámbito de la población desbordante asociada con el centralismo geográfico, tecnológico, industrial y cultural de México. Por ende la crónica, desde la óptica de Bencomo, es representativa de la realidad caótica de “la megalopolización de la capital mexicana” (36).

Bencomo traza los contornos de la supermasificación urbana con la amplia ayuda de teóricos del urbanismo y la cultura popular y mediática, tanto de los ya canónicos (como Benjamin, Canetti, Lyotard y Williams) como de los más actuales (Aguilar Camín, Bartra, de Certeau, Olalquiaga y el propio Monsiváis). Al detallar así un cuadro de la gran urbe posmoderna, Bencomo ofrece una contextualización útil para el estudio de la crónica, género por antonomasia del tipismo y de la innovación social. A veces parece ser un libro menos del campo literario que de la sociología, ya que enumera exhaustivamente las teorías principales de la realidad urbana en la posmodernidad. Aunque cita ampliamente a los cronistas que estudia, los fragmentos textuales suelen situarse en un mar de teorización sociológica sin recibir, propiamente dicho, un análisis textual. Cuando en un momento, por ejemplo, ilustra lo que plantea con citas de la *Noche de Tlatelolco* de Poniatowska, suelta a flotar sobre la página una cadena de siete trozos sin demostrar lo que vincula estos a las teorías de Bajtín y de White, los cuales deben representar. El texto brinca entre una observación más bien obvia y una afirmación general sin pasar por el análisis específico para convalidar la conclusión. Sin embargo, y no obstante el hecho de que este tipo de análisis implícito se ofrezca a través de la lectura, Bencomo resume valiosamente el cuerpo de conocimiento sobre la urbanización masificada (junto con análisis de la evolución de la figura del *flâneur*), aportación que serviría de fondo no sólo para el estudio de la crónica sino también de la narrativa ficcional y de otros géneros, no excluyendo las artes visuales y musicales.

Respecto a la crónica actual de México como objeto artístico, Bencomo esboza una definición que, sin ser rigurosa, reúne en grandes trazos lo que se ha dicho del género. Con este aspecto de su ensayo Bencomo también elige quedarse con aseveraciones globales, sin mayores pruebas de los textos. Tal vez en el contexto de este libro sea lógica su aproximación al género, ya que Bencomo, igual que la mayoría de los críticos, consistentemente privilegia el fondo por sobre la forma. De hecho, su definición del género evidentemente plantea la experimentación con léxico, tono y estructura como sirviente del propósito ideológico, visión que se aparta de la de Monsiváis, quien le da igual peso a la técnica y al propósito reformista y crítico de la crónica (Monsiváis, *Antología de la crónica* 1979; *A ustedes les consta* 1980; “De la Santa Doctrina al espíritu público” 1987; “Prólogo”, *El fin de la nostalgia* 1992). Para Bencomo, la función de la

crónica de todos los tres escritores que estudia es la misma: “la retórica de la duda, el escepticismo y el distanciamiento reflexivo” que los aproximan al ensayo. A Poniatowska, Monsiváis y Blanco los caracteriza como sociólogos y antropólogos urbanos cuyos discursos reflejan su compromiso social, su predilección por la denuncia política y su crítica de las múltiples culturas urbanas. El “contrato de lectura” implícito en sus obras exige a un lector también crítico: la lectura como “labor cívico-política” (24-25).

El empleo en particular del *collage* testimonial –un “entretejido verbal” de voces (86)– promueve la resignificación continua del referente real en la crónica, ya sea aquel Movimiento estudiantil de 1968, los terremotos de 1985 o cualquier acontecimiento de la fugaz escena masmediática. Se acepta la tesis fácilmente, aunque en un momento la autora desborda la verosimilitud al plantear que la escritura fragmentada e hibridizada, tan caótica como el medio que registra, es la única forma de discurso accesible al lector de hoy: “Lector habituado al vértigo de lo múltiple, no puede reconocerse en la apacible discursividad tradicional” (92). Igual se podría decir que muchos lectores, precisamente porque la realidad circundante los enajena, huyen de las lecturas “posmodernistas” para buscarse en libros de orientación más mimética. Atribuir motivos a los lectores y negar lugar a quien disintiera debilita un argumento que por lo demás es convincente.

De los tres capítulos dedicados a los cronistas, el segundo (sobre Monsiváis) es mucho más extenso que los otros dos, y el que aborda la escritura de Blanco es el más breve. Comienza con Poniatowska, enfocándose principalmente en el libro más comentado de la autora, *La noche de Tlatelolco*, aunque también entra en algún detalle sobre otro libro testimonial, *Nada, nadie*, y una colección de crónicas de tipo *mainstream* sobre aspectos de la crisis de los setenta y ochenta, *Fuerte es el silencio*. Los dos primeros son claramente del formato testimonial y se valen de la técnica experimental del *collage* de fragmentos; Bencomo elige incluir *Fuerte* en este mismo campo formal (94), seguramente porque, en cuanto a su ideología, comparte el mismo tono denunciatorio. Aquí, como a través de su estudio, Bencomo enfatiza la función política del arte cronístico.

Abre su análisis de Monsiváis con comentarios sobre dos textos de su primera recopilación, *Días de guardar* (1970), que de hecho no son crónicas (“Informe confidencial sobre la posibilidad de un mínimo equivalente mexicano del poema *Howl*” y “Adivine su década” son, respectivamente, un poema que parodia el famoso de Allen Ginsberg y un juego a manera de *Trivial Pursuit*). Aparte de esta prueba de que se requiere más atención crítica a la forma de la crónica, el lector se alegra de que, en este capítulo, el discurso de la autora se ha alivianado, deshaciéndose de la asfixiante jerga teórica que caracteriza la primera parte del libro. Lo que emerge claramente de esta escritura más suelta es una actitud ambivalente respecto a Monsiváis, “la voz más vital y prolífica del registro de la vida cultural en la capital mexicana” (122): por un lado lo admira como el adalid de la democracia y del renacimiento de la crónica a partir de 1968; por otro lado, Bencomo lo halla enciclopédico, abusivo con sus “sentencias lapidarias”, poseso de una extraña nostalgia tradicionalista (131), inesperadamente pesimista y propenso a peligrosas “interpretaciones conservadoras de la sociedad de masas” (158). Estos juicios están enmarcados por una teorización detalladísima de la construcción nacionalista de la sociedad mexicana.

En cuanto a José Joaquín Blanco, destaca su rol (un poco como Guadalupe Loaeza) como cronista de las clases medias (163-65), y también “el cronista mitólogo” (165) que se ocupa de construir una nueva mitología de “lo mexicano” y su cultura. Bencomo detecta un pesimismo característico en Blanco, y una postura narrativa más personal que en los otros dos cronistas. Es importante en este contexto que Blanco sea un representante de la literatura *gay*, aquí un homosexual que deliberadamente escoge no asimilarse para no desechar el poder denunciatorio de su condición de marginado discriminado (177-81).

Sus análisis conducen a Bencomo a concluir que la crónica contestataria y experimental de las décadas entre 1968 y 1990 ha perdido su brío desaforado para decaerse en la antigua moda costumbrista. Es un juicio atrevido y, creo, bastante injusto. Al mismo tiempo sí reconoce los cambios que ha sufrido este género perdurable y provoca una reconsideración que por sí misma será refrescante y productiva.

*University of California-Davis*

LINDA EGAN

BEATRIZ SARLO. *La pasión y la excepción*. Buenos Aires: Siglo veintiuno editores Argentina, Colección Metamorfosis, 200e.

En su libro *Copi*, de 1991, César Aira reconoce que Eva Perón es un mito para los argentinos, “un cuento que todos conocemos y que no nos cansamos de que nos vuelvan a contar” (106). Será por eso que la literatura insiste en seguir narrándola, en una serie que abarca desde aquel relato pionero de Jorge Luis Borges, “El simulacro”, hasta la última novela de Daniel Herrendorf, *Evita, la loca de la casa*, publicada el año pasado en Argentina. Cada torsión de este “inconsciente literario del peronismo” –como lo bautizó con agudeza el crítico inglés John Kraniauskas– parece seguir interrogando ese plus de sentido que anuda el ícono de Evita en el imaginario argentino, su encarnación pulsional, a nivel de los deseos y de la identificación popular.

En *La pasión y la excepción*, Beatriz Sarlo vuelve sobre la lectura de Jorge Luis Borges y la conecta con la figura de Eva Perón y con el asesinato del general Pedro Eugenio Aramburu a partir de la *excepcionalidad* de los tres ejes. Un escritor excepcional, Borges; una mujer excepcional, Eva Perón, y un hecho absolutamente excepcional en la historia argentina: el secuestro y asesinato –acompañado por la escalofriante divulgación pública del relato de los hechos– del general Pedro Eugenio Aramburu. La ejecución fue realizada por los Montoneros que acusaban a Aramburu de ser el líder de la Revolución Libertadora que en 1955 descabezó el segundo gobierno constitucional de Juan Perón. Además, lo señalaban como el principal responsable de los fusilamientos de militantes peronistas en el basural de José León Suárez en junio de 1956 –que Rodolfo Walsh dio a conocer después de una pormenorizada investigación en *Operación masacre*, piedra fundamental del género de *non-fiction* en Argentina– y del secuestro del cadáver de Eva Perón.

Sarlo realiza el montaje de su libro a partir de un eje cronológico: en mayo de 1970, los Montoneros ajustician a Aramburu y en agosto de ese mismo año Borges publica *El*